

Relato Corto

Por amabilidad

Consuelo Giménez Pardo

Secretaria Académica de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud; consuelo.gimenez@uah.es

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2021.6.2.290>

-I-

A Santander de congreso en tren, en marcha con una hora de retraso, parada en un pueblito de Palencia por avería eléctrica según indica la voz metálica del maquinista. Está oscuro ahí fuera, hay nieve, y me duele la cabeza.

Tengo una compañera de viaje que no deja de hablar sobre la minería asturiana, no me preguntéis por qué, yo solamente la he sonreído cuando se sentó a mi lado. Por amabilidad. La película, una ñoñería que no he podido escuchar por no ponerme los cascos y ser asocial, pero que miro de reojo, intentando evadirme de la charla anodina que no para. Me sigue doliendo la cabeza. Voy sentada en el asiento de la ventana y no puedo tomarme un paracetamol porque no me deja salir hacia la cafetería. No tengo agua.

Se incorporan a la charla un par de jubilados cuando el revisor, de vagón en vagón, pasa anunciando que en breve nos pondremos en marcha. Eso genera un revuelo de alegría y el tema evoluciona, tampoco sé por qué, hacia las montañas que en sus años escalaban. Y hemos entrado en una espiral competitiva. Cuando se acuerdan de que estoy a su lado, les da igual que conteste con monosílabos y no levante la cara del móvil. Me estoy quedando sin batería. Inasequibles al desaliento, me hago la dormida.

Torrelavega, una hora y media de retraso, nos hacen bajar del tren y esperar en un andén vacío, casi abandonado, un tren de cercanías para continuar los últimos cuarenta minutos de viaje. Me hago pis y no hay cerca un baño. Llueve y no llevo paraguas.

Mis compañeros de viaje me detectan y se acercan con un "ah, pero estás aquí, qué frío ¿no?" y al final, uno de ellos me cobija bajo un paraguas azul enorme y me integro por si eso me da algo de calor.

Voy por fin camino al hotel en un taxi por el que he debido luchar con una señora llena de maletas y un señor maleducado y gritón sin saber ambos que vengo de Madrid y que la experiencia en trenes me ha enseñado con los años ya algunos trucos. Voy con un taxista protestón, de derechas, con varias banderas de España repartidas estratégicamente, véase taxímetro y retrovisor que, además, me ha hecho un panegírico de don Mariano que he aguantado con estoicidad. Cansada y hambrienta cuando por fin he entrado en el hall del hotel con la maleta de ruedas y el pelo chorreando, ya había acabado la sesión de inauguración y también el ágape que conlleva. Entraba cuando los camareros recogían los manteles.

Uno de ellos, bajito y resuelto, al verme, me ha traído solícito las sobras del evento véase un par de trozos de tortilla, un sándwich de jamón y una copa de vino. Ambrosía pura. Y me lo he comido todo en silencio viendo como hacían un trabajo de manera metódica y organizada. Me voy a la cama.

-II-

Situarnos, 8:30 in the morning, subo al autobús adormilada camino de Madrid y en una de las paradas, no sé en cuál, se sube un señor y se sienta a mi lado. A esas horas ya iba yo dando órdenes por el móvil a diestro y siniestro y al acabar, lo miro. Aspecto de lo que debe ser un marino mercante, no tengo experiencia, camiseta de manga corta de color indefinible, tatuajes en ambos brazos completos, barba de varios días, gorro de lana negro. Un clásico como en El Corto Maltés.

Dormido totalmente en segundos. El aire acondicionado como si fuese agosto. Comienza el vaivén y el atasco, y el “marino” se va ladeando. Llegamos a la altura del hotel Marriott, él ya completamente apoyada la cabeza en mi hombro. Me daba no sé qué molestarlo.

Una señora ha dicho que “a mi marido” se le había caído algo al suelo. Era su cartera, de modo que la recojo con esfuerzo y el colega se remueve molesto con tanto trajín. El tipo dormitaba rozando el ronquido y como no dejaba de moverse y de clavarme en el hombro uno de sus piercings, se ve que el aire acondicionado le molestaba, lo he tapado con el chal que suelo llevar. Y qué queréis que os diga si me ha provocado ternura... Así ha durado nuestro idilio hasta Canillejas cuando se ha despertado como un resorte, y se ha marchado, no sin antes desperezarse con sonidos guturales. Un dechado de virtudes.

Le he dado la cartera y me ha respondido con un “gracias” arrastrando mucho las erres y las eses y se ha largado hacia el infinito.

Mi vuelta la comparto con una señora mayor que me cuenta no sé qué sobre varias cosas a la vez. Yo asiento y escribo por el móvil, pero le da igual. A veces presto atención e intento contestar, por amabilidad, pero no me deja y abandono.

Esto sí que viene siendo un clásico en mis viajes de corta y media distancia y os digo desde ya que, pese a todo, prefiero al marino mercante.



© 2021 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.